

PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 168

25 cts

6 MAYO
1928



- EL EMBARQUE ES MUY PELIGROSO
- ¡HOMBRE! TENIENDO CUIDADO
- ¡SI, SI, EL OTRO DIA NOS EMBARCAMOS DON TURU Y YO Y BUEN CUIDADO QUE TENIAMOS.....
- ¿Y QUE OS PASO?
- ¡ PUES QUE AL DIA SIGUIENTE POR POCO NOS ATROPELLA UN AUTOMOVIL !

PINOCHO



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL TORPEDERO DE PRESA

Por **A. M. GIANELLA**

(Continuación)

ción al entusiasmo de poco antes y empezaron a oírse en todas partes quejas, aunque discretas, bien manifiestas y secretas reconversiones de haber entregado al país en poder de una tropa de aventureros de la peor clase.

Mientras sucedía esto en la ciudad, Collap, a bordo del torpedero, miraba a todo el mundo de reojo y maldecía de los malayos que le habían invadido el barco.

De la fuga de Maud y de su madre, ocurrida durante aquella confusión, poco le importaba, pues no veía con buenos ojos a las dos mujeres y temía que el amor hiciese cometer a Barenval algún gran disparate, indigno de un pirata como él.

Por fin, a las buenas y a las malas logró echar a todos los visitantes importunos; puso al torpedero en condiciones de entrar en combate, y contento de las precauciones tomadas, mandó un correo a tomar órdenes del rajá.

Al poco rato llegó el mensajero diciendo que Barenval había marchado en persecución de las dos fugitivas.

—¡Ya lo decía! —murmuró Collap, blasfemando y amenazando con el puño cerrado que parecía una maza.— Eva fué la ruina de Adán; aquel bestia de Sansón vióse burlado por Balila o Dalila, y ahora el capitán Barenval se va a perder por culpa de...

Se detuvo de pronto, volvió la cabeza y palideció horriblemente.

El marinero-vigia había gritado;

—¡Alerta!, ¡alerta!... ¡La escuadra, el enemigo!...

Collap, al mirar, sintió erizársele el pelo y que un sudor frío le bañaba la frente.

Los tres cruceros y los dos acorazados americanos avanzaban con aquella lentitud segura de la fiera que se acerca a una presa que no puede escapar.

Un orden y un silencio completo reinaba a bordo, en donde se veían largas filas de marineros en las puertas armadas de carabinas, mientras los artilleros preparaban las piezas y los de la guardia se ponían a armar los botes suspendidos de las grúas.

Todo aquello era contemplado por Collap, dominado por la ira impotente y la desesperación.

—¡Noche feliz! —gritó, mirando con amarga y feroz ironía a sus compañeros, que clavaban en él sus ojos anhelantes, en espera de una palabra de esperanza.

—Esta vez sí que nos han reventado, y siento que no esté aquí el señor comandante para que lo confirmase... Pero él... él tiene otras cosas que hacer... ¡tiene que correr tras de unas faldas!...

—Collap, lugarteniente, ¿qué hacemos? —preguntaron unos cuantos.— ¡Que el tiempo vuelga!

—¿Qué hay que hacer? Reventar aquí, como el ratón en la trampa.

—Decidid algo, pues estamos dispuestos a obedeceros.

—No hay más que dos caminos que escoger.

—Veamos.

—O echarnos desesperadamente en medio de la escuadra enemiga, intentando abrírnos paso...

—¿O qué?

—Abandonar el torpedero, después de haber metido

una mecha encendida en la santabárbara, y desembarcar.

—El primer proyecto me parece demasiado peligroso.

—Y así es.

—Seríamos echados a pique en medio de una tempestad de cañonazos.

—Seguramente.

—El segundo nos gusta más.

—Entonces, pongámonle en obra...

—Pronto, pronto —gritaron de todas partes.

Dicho y hecho. Unos marineros recibiendo misteriosas órdenes de Collap, bajaron a la bodega, entraron en la santabárbara, donde estaban acumuladas municiones suficientes para hacer saltar por los aires una flota entera, y prepararon una larga mecha de manera que la explosión del terrible polvorín tuviese lugar un cuarto de hora después de abandonar el barco.

Marcharon a la cámara de máquinas, de donde salieron gritos furiosos reprimidos en seguida, y desaparecieron en la bodega.

Entretanto, la escuadra americana se había parado a unos trescientos metros del torpedero, y empezaba a echar al agua sus embarcaciones, que se dirigían cargadas todo lo posible a la orilla, en donde desembarcaban los marineros.

Collap lo vió y se dió cuenta de la maniobra.

—Es preciso darse prisa. Nos quieren atacar también por parte de tierra... ¿Qué pasa?...

Esta interrogación había sido provocada al ver una gran embarcación en la que había tomado puesto un oficial, marineros y cuatro hombres en traje de paisano, que se dirigía audazmente hacia el torpedero.

—¡Mil rayos! —murmuró Collap— ¿Es que tienes propósitos de parlamentar?... Si pudiésemos salvar el pellejo...

—Pronto, la mecha arde —replicó como, respuesta un marinero saliendo por una escotilla.— Pronto o saltamos.

—¡Por mil diablos! —exclamó el lugarteniente, lanzándose a un bote—. Es demasiado tarde... está visto que estaba escrito así... adelante...

Toda la tripulación del torpedero, en parte echándose al agua, en parte saltando a los botes ya preparados, abandonó el barco y alcanzó la orilla, que sólo distaba unas cuantas docenas de metros.

El bote americano seguía acercándose bajo el sol, aún alto en el horizonte.

V

Heroísmo de Wilson.—Lágrimas de consuelo.—Collap, furioso y envilecido.—La empresa de Sudharah.—Dos rajás en pocas horas.—La cabeza de Collap.—El eco del torpedero.—Los supervivientes del 28 de mayo.—Justificación.—Excelentes personas.—A la cazá de Barenval.

La gran embarcación en la que iba Wilson junto con el señor Touchet, Cipriano, Chicottry, seis marineros y un oficial, llegaron al costado de estribor del torpedero cuando faltaban, según los cálculos hechos por los piratas, seis

o siete minutos para la explosión de las municiones encerrada en la santabárbara.

Collap, de pie en la playa, con los brazos cruzados y una cruel sonrisa en los labios, esperaba de lejos el momento de la explosión, calculando mentalmente el tiempo que iba transcurrido.

El almirante inglés, al encontrarse tan cerca de aquel barco que había sido suyo, y que le había procurado tantos disgustos, cual si se hubiese tratado de un hijo pródigo, sintió una punzada aguda en el corazón, palideció y saltó en pie, agarrándose a la escalerita que daba acceso al puente.

—¿Almirante, sigue usted con su idea? —le preguntó el oficial americano con una vaga inquietud.

—Sí, quiero intentar que los enemigos se rindan sin inútiles resistencias y que me entreguen este barco que pertenece a mi patria, aunque tuviese que prometerles algo en cambio...

—Observe que no se ve nadie a bordo.

—¿A nadie?

—Sí, este silencio...

Una sospecha espantosa relampagueó en la mente de todos ellos.

—¡Dios mío! —gritó Wilson, dando un salto de tigre—. ¡Quizá... la santabárbara!

Fué como un relámpago.

El almirante, encontrando la energía de los primeros años, saltó a la cubierta, precipitóse en la escotilla del corredor que sabía llevaba a la cámara infernal, bajó, sintió el acre olor de la pólvora ardiendo, corrió como un loco y se echó desesperadamente contra la puerta del depósito.

Las hojas, cerradas mal por las prisas, se abrieron con tal violencia, que Wilson se cayó al suelo junto a una pequeña luz de fuego, que brillaba en la oscuridad, cual minúsculo foco de chispitas: era la mecha.

El anciano marino la vió; vió también que no quedaba más que un palmo, quizá menos, es decir, un segundo, un instante de vida, y alargó la mano temblorosa, agarró el corto cordoncillo, lo arrancó del barril y la apretó frenéticamente para apagarla, lanzando un grito de triunfo y... de angustia.

En seguida desmayóse.

Pasaron unos cuantos instantes, y los del bote de una parte, y Collap y los suyos de otra, estaban igualmente asombrados del silencio que reinaba en el torpedero.

Cipriano, Chicottry, el señor Touchet y el oficial americano, después de una espera aterradora, decidieron por fin a subir al barco y, empuñando las armas, pusieron a buscar a Wilson.

Lo encontraron aún inmóvil en la santabárbara, con la mecha apagada apretada en el puño.

Entonces, diéronse cuenta del heroísmo del valeroso marino y lo transportaron en seguida en el puente, donde, a fuerza de cuidados, lograron que recobrase el conocimiento.

Wilson, al volver a la vida, miró en torno con confuso estupor y balbuceó:

—¿El torpedero...?

Se encuentra a bordo de él —le contestaron.

—¿Entonces, se ha salvado?

—Sí, gracias a usted.

El valiente cabo de mar sonrióse, se pasó las temblorosas manos por el rostro y de pronto prorrumió en llanto.

Pero eran lágrimas de consuelo después de tantas penas.

En aquel momento los sonos de una charanga resonaron militarmente en la playa, entre un triple hurra de los marineros ingleses que habían quedado a bordo de los cinco barcos norteamericanos.

Eran las columnas de desembarco que, con la música al frente y los oficiales a los flancos, se ponía en marcha contra la ciudad.

Collap, al ver fallida la empresa del torpedero y adivi-

nando el intento de aquella tropa de aspecto verdaderamente formidable, prorrumió en horribles blasfemias y emprendió una precipitada huida hacia Tomini, donde esperaba encontrar a Barenval, de regreso, a la cabeza de sus súbditos.

En efecto: apenas llegó con su gente a las primeras casas, vió una fuerte tropa de jinetes malayos que galopaban agitando las armas, guiada por un hombre vestido con el traje real.

—¡Animo, piratas! —gritó Collap, animado de repente— Ahí viene el rajá en vuestro socorro...

Hizo el ademán de quitarse el sombrero para saludar; pero el brazo le cayó de repente como privado de vida.

El hombre que cabalgaba a la cabeza de aquellos soldados no era Rodolfo de Barenval, era Sudharah.

Es fácil explicar la imprevista aparición del astuto malayo si se recuerda que poseía el don de saber aprovechar siempre el momento más oportuno, aunque hablase poco.

Apenas la escuadra americana entró en el golfo de Tomini, Sudharah, que meditaba una audaz tentativa, hizo que le desembarcaran en un lugar de la costa que formaba parte de su antiguo gobierno de Arung, en donde sabía que aún contaba con partidarios, y se dió en seguida a conocer.

Su llegada fué acogida con entusiasmo por los antiguos amigos, a los cuales se añadieron inmediatamente otros nuevos y más numerosos apenas se supo que había venido con el propósito de reclutar gente para marchar contra el extranjero usurpador.

Organizando una tropa de sesenta jinetes, escogidos entre los más valientes, Sudharah se puso en marcha, siguiendo por la costa a las cinco naves de guerra, y durante el camino engrosó sus fuerzas con los patriotas, descontentos y jóvenes deseosos de novedad, de manera que al llegar a Tomini contaba con un verdadero si bien reducido ejército.

Los súbditos de Barenval, que temían el renovarse de las pasadas desdichas, abandonados como estaba de su príncipe, no resistieron y se echaron de parte del más fuerte, acogiendo a Sudharah y aclamándole como único y verdadero rajá, con el mismo entusiasmo con que habían saludado pocas horas antes al jefe de los fugitivos de Nou.

Son cosas increíbles, lo sé, pero son historias, y que si bien no dicen mucho en favor de los malayos, no dejan de tener una profunda base en la filosofía del corazón humano.

Collap sólo contaba con una treintena de hombres, porque los indígenas y los europeos fieles a Barenval estaban dispersos, o quizá muertos, o se habían pasado al enemigo.

Aquel puñado de bribones, antes de poder organizar una válida defensa, fué envuelto por los soldados del Sudharah ebrio de sangre y de lucha, muriendo todos ellos en el mismo sitio, sin darles cuartel, después de una lucha breve y desesperada.

El desdichado lugarteniente cayó acribillado de golpes y rodeado de enemigos muertos y heridos, que hubiesen podido atestiguar cómo se había defendido y vengado.

Al llegar las columnas de los marineros norteamericanos no quedaba con vida ni uno solo de los secuaces de Barenval.

Los marineros fueron acogidos con grandes gritos de alegría, y pudieron ver cómo un oficial de Sudharah alzaba y agitaba desde lo alto de un caballo una lanza en cuya punta estaba clavado un sangriento trofeo.

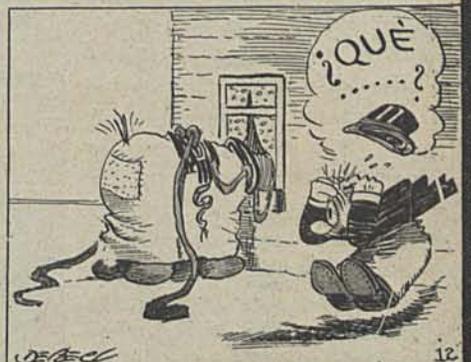
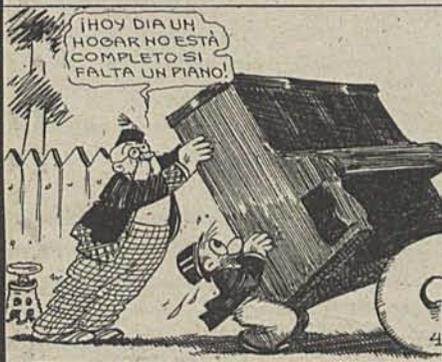
Era la cabeza de Collap.

Al propio tiempo que se desarrollaban en la ciudad estos sucesos, a bordo del torpedero tenía lugar una escena bien diversa.

(Continuará en el próximo número.)



DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO





ENTRE LOS INDIOS CUENTO POR E. SALGARI

En Norteamérica, aún en nuestros días, y no obstante los estragos hechos por las tropas de los Estados Unidos durante las numerosas y frecuentes insurrecciones ocurridas, viven todavía algunas tribus de indios que llevan una existencia completamente salvaje.

Algunas, al cabo de varios siglos de lucha despiadada, han terminado por someterse y transigir, en parte, con la civilización; otras, refugiadas en los confines de Columbia, viven de la rapiña y de la caza, desdénando el cultivo de la tierra.

Como sus predecesores, estos indios conservan un odio profundo a los hombres de raza blanca, que poco a poco han invadido su territorio y diezmado las tribus con armas y licores, muchas veces compuestos de venenos.

¡Pobres de los colonos que tienen la desgracia de caer en manos de esos feroces guerreros! Lo menos que puede pasar a los infelices prisioneros es perder la cabellera, mutilación atroz, a menudo mortal, pues con los cabellos arrancan también lo indios el cuero cabelludo.

A despecho de todo, no pasa año sin que se aventuren caravanas compuestas de hombres decididos por los territorios de caza de los indios, fundando poblados que más tarde han de convertirse en ciudades.

El suelo virgen de aquellos prados es de riqueza fabulosa. Las cosechas son espléndidas y abundantes, el ganado engorda rápidamente en aquella opulencia de hierba, y por si esto fuera poco, la tierra esconde con frecuencia oro y plata en grandes cantidades.

Hace pocos años, una colonia de emigrantes, después de haber atravesado el territorio bañado por el Atabasca y sus afluentes, avanzó resueltamente por el interior de las regiones saqueadas por los indios.

Se componía de doce familias, con mujeres y niños, y de doce carros de dimensiones gigantescas, arrastrados por diez y doce pares de bueyes, de un rebaño de numerosísimos carneros y de algunos caballos.

Llegados a un lugar apropiado, los emigrantes apresuráronse a levantar varias chozas, resguardándolas con sólidas empalizadas, pues no ignoraban que tarde o temprano habrían de tener que resistir los ataques de los guerreros indios.

Terminados los preparativos, desmontaron parte de la pradera, sembrando granalla y hortalizas,

que en aquella tierra, jamás explotada por nadie, en breve crecieron maravillosamente.

La existencia de la colonia parecía completamente asegurada. Los carneros aumentaban rápidamente y disfrutaban de excelentes pastos, y las vacas eran cada vez más fecundas. En cuanto a las cosechas, no podían ser más abundantes.

De los indios, ni el menor indicio.

Un día esparcióse por la pequeña colonia una noticia gratísima: en un pequeño afluente del Atabasca habíanse encontrado entre la arena algunas pepitas de oro.

La fiebre de la riqueza se apoderó de aquel minúsculo pueblo. Los agricultores desertaron de los campos y acudieron todos a explorar y cerner las arenas del río, dejando en la aldea solamente a las mujeres y a los niños.

El oro era abundante, en efecto; el lavado de las arenas arrojaba un rendimiento magnífico, y con ello los hombres no se ocupaban ya de los campos ni de la aldea.

Por la mañana partían en masa hacia el río, y no volvían a sus chozas hasta noche bien cerrada, pues la distancia no era menor de cuatro leguas.

Durante algún tiempo, todo fué perfectamente. Ningún indio había sido visto por las inmediaciones del pueblo. Pero era sorprendente que aquellos feroces guerreros no hubieran advertido aún la presencia de los colonos.

Y, en efecto, una mañana apareció a lo lejos un grupo de jinetes empenachados. Venían del Norte, y no eran menos de doscientos.

Imposible engañarse respecto de sus intenciones. Acercábanse en línea recta al poblado con el evidente objeto de destruirlo.





Sin duda habían estado espiando la partida de los hombres, y seguros de no hallar mucha resistencia por parte las mujeres, avanzaban seguros de la victoria.

Un espanto indescriptible apoderóse del pueblo. ¿Cómo resistir a aquellos hombres feroces, armados de lanzas, hachas y fusiles?

Cierto que en el pueblo había armas de fuego también, pero no todas las mujeres sabían manejarlas.

El espanto era cada vez mayor, a medida que los indios se acercaban; lloraban las mujeres, los pequeñuelos chillaban asustados, y nadie pensaba en resistir.

Afortunadamente, en la aldea quedaba un sér valeroso. Era éste Tom Lipp, hijo de uno de los colonos más viejo, excelente muchacho, conocido de todos por su bravura y su audacia.

No tenía más que quince años, y un día tuvo el valor de hacer frente a un oso negro, al que dió muerte de dos balazos.

—¡Os salvaré! —dijo, lanzándose en medio de las mujeres.

—¿Cómo, Tom? —gritaron las pobres madres.

—Montaré a caballo e iré al río a avisar a los mineros del peligro que nos amenaza.

—¡Te matarán los indios!

—Lo intentaré de todos modos —respondió Tom con voz resuelta—. Sí; no os dejaré morir sin haber hecho nada por impedirlo.

«Pronto, cerrad las puertas, subid los puentes y tratad de resistir hasta el regreso de vuestros maridos y de nuestros padres.»

El bravo joven, aun sabiendo que iba al encuentro de una muerte cierta, saltó sobre la silla del mejor caballo que encontró en la aldea, agarró un fusil y lanzóse a la pradera dispuesto a sacrificarse heroicamente por salvar a aquellas mujeres y a aquellas criaturitas. Apenas había salvado el puente que pasaba de uno a otro borde del foso, cuando de todas partes estallaron feroces gritos; los indios, advertidos de las intenciones de Tom, destacaron diez hombres para perseguirle y capturarlo o matarle antes de que pudiera llegar al río.

La caza hizose cada vez más encarnizada. Tom Lipp, ansioso de llegar al río y de salvar la piel, fustigaba desesperadamente a su caballo para ganar terreno o para mantener al menos la distancia.

Los diez indios, chillando enfurecidos, se esforzaban por

alcanzarle. Con las puntas de sus cuchillos hostigaban a sus caballos, y de trecho en trecho disparaban sus fusiles, pero en vano, a causa de las desordenadas sacudidas.

El caballo que Tom montaba era uno de los mejores. Como si el bravo animal comprendiera que la salvación del joven estaba en sus veloces pies, devoraba el espacio con creciente celeridad.

Pero también los indios disponían de excelentes caballos de pradera, que no se quedaban atrás; antes al contrario, uno de ellos, montado por un guerrero joven que blandía una lanza larga, parecía ganar terreno al fugitivo.

Tom, de cuando en cuando, volvíase para ver si mantenía la distancia. Aunque decidido a sacrificarse, con tal de salvar a las mujeres y a los niños, comenzaba a sentir cierta angustia.

Si le cogían antes de llegar a la vista del río, ¿para qué habría servido su arriesgada tentativa? Los mineros, ignorantes del ataque de los indios, no hallarían a su regreso

más que ruinas humeantes y acaso un montón de cadáveres.

Reanimando sin cesar a su caballo, había recorrido ya más de la mitad del camino, cuando oyó algunas descargas.

—Los indios han asaltado la aldea —murmuró—. Hay que intentar un golpe desesperado.

Volvióse y advirtió que el indio ya no estaba más que a diez pasos. Pocos minutos más, y le alcanzaría, traspasándole con su lanza. En cambio, los otros comenzaban a perder terreno.

Tom no vaciló más. Se había hecho un excelente cazador, pues comenzó a ejercitarse desde muy temprano. Detuvo un instante el caballo y preparó resueltamente el fusil.

Nunca antes había disparado contra un hombre. El pensamiento de tener que matar a aquel indio le asustaba y hacía temblar su brazo.

Pero no era cosa de vacilar. El indio se le echaba encima lanza en ristre, dispuesto a traspasarle.

—Dios me perdone —murmuró Tom—. Y descargó decidido su fusil.

El indio lanzó un alarido de dolor y cayó de la silla. Sin embargo, no estaba sino herido.

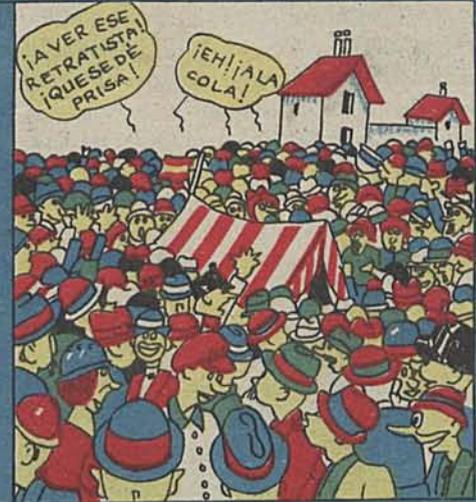
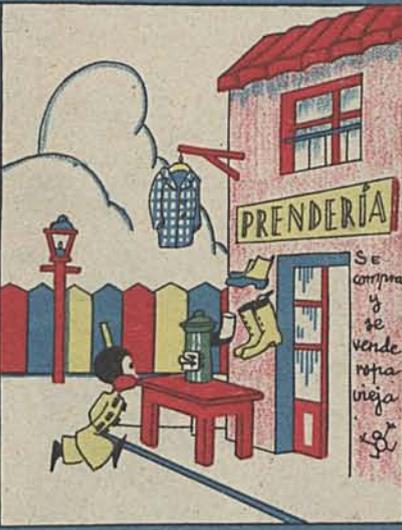
Furioso por el dolor, arrojó la lanza contra su adversario, alcanzándole en un hombro.



(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





¡SI! ¡UN CATARRO!



¿QUÉ? ¿NO HAS PESCADO NADA HOY?



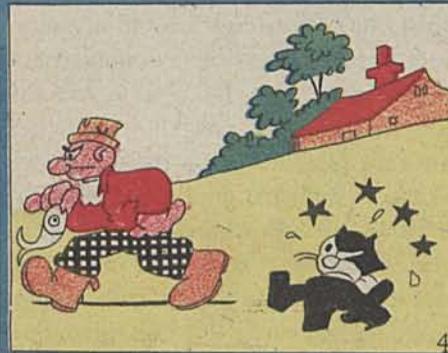
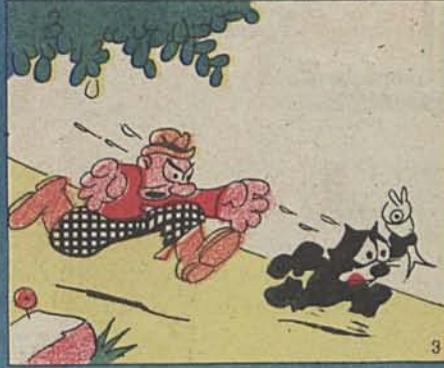
PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



¡HOMBRE, UN ALMUERZO QUE NO ESPERABA!



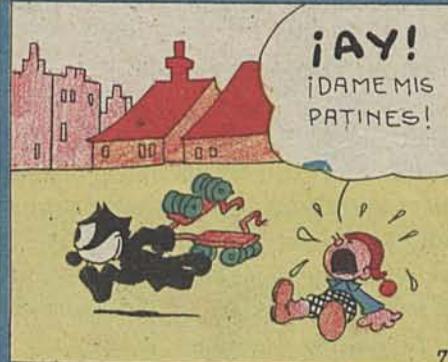
¡SUELTA ESE PEZ, MALDITO MORRONGUIS!



UNA COMIDA CONVERTIDA EN ILUSIÓN!



¡QUE IDEA!



¡AY! ¡DAME MIS PATINES!



¿PERO QUE ES ESTO.....?



¡SOCORRO!



PAT SULLIVAN



CUENTOS DE CALLEJA

ZARAGATIN

Castillo



ZARAGATÍN era egoísta, perezoso y comodón. Creía que el mundo estaba hecho expresamente para que él se divirtiera, y que trabajar y sufrir no es una ley impuesta a todos los hombres, sino una calamidad que sólo afecta a los tontos, «a los *primos*», como él decía.

Dondequiera había diversión y jaleo, intentaba meterse. Y a veces, por *fresco*, lo lograba; pero con más frecuencia salía con las manos en la cabeza, porque él no tenía dinero, y sin dinero no hay entrada en los lugares de diversión.

Para ganar dinero el medio más seguro y el único honrado es trabajar; pero trabajar era cosa descartada para Zaragatín.

Vagaba un día por el bosque y se subió a un árbol para coger un nido, acción estúpida y cruel. Cuando estaba arriba vio llegar dos damas que traían un talego.

Cuando lo abrieron salió de él un enanito vestido de arlequín y con el traje lleno de cascabeles de oro, que al moverse producían una música extraña. Apenas se hubo puesto en pie el enano, las dos damas le dijeron:

—¿Por qué agitas a los hombres de ese modo llevándolos a la perdición?

—Cumpro como quien soy. Yo soy la Frivolidad; en mi reino imperan la inconsciencia y el barullo. Sólo se piensa en reír, sea como sea; nadie piensa en el *mañana* y sólo se habla de gozar *hoy*. Pero vosotras ¿quiénes sois y por qué me habéis secuestrado de ese modo?

—Yo —dijo una de las damas—, soy la Probidad. Todas tus alegrías tumultuosas, efímeras y ficticias no pueden compararse con el goce hondo, profundo y duradero que yo infundo a quienes me escuchan.

—Yo —dijo la otra dama—, soy la Austeridad, y hago a los hombres dignos, honestos y grandes. Tus placeres me repugnan porque además de envilecer, son falsos.

—Ya veo que soy vuestro prisionero —dijo el enano Frivolidad—, pero ignoro vuestras intenciones. ¿Qué queréis de mí?

—Vas a morir —dijo la Austeridad con tono severo—, porque has hecho mucho daño a la Humanidad. Tú eres el que incitas a los niños a faltar a la escuela

para irse a jugar, con riesgo muchas veces de su salud y con daño siempre cuando el maestro explica; tú, el autor de todos los males humanos. Por ti se odia el trabajo, se huye del sacrificio, se quiere convertir todo en diversión y se pervierten los hombres y los pueblos.

Estaba Zaragatín oyendo este coloquio desde las ramas del árbol, y sacando de su bolsillo dos piedras las arrojó con tan endiablado acierto que, hiriendo en la frente a la Probidad y a la Austeridad, las hizo caer al suelo desvanecidas. Bajó en seguida de su escondite, y acercándose al enano Frivolidad, le dijo:

—De buena te acabo de librar; de modo que puedes llevarme a tu reino en agradecimiento.

Frivolidad consintió en ello, y ambos se alejaron rápidamente.

Un pájaro comenzó a gritar desde las ramas de un árbol.

—¡Miserable! ¡Bien pronto las pagarás! ¡Chau! ¡Chau! Pero Zaragatín no hizo caso y se marchó alegremente con Frivolidad. Cuando llegaron a la frontera de su reino, Frivolidad entregó a Zaragatín una bolsa de brillantes para que, vendiéndolos, tuviese dinero de sobra, y se despidió de él con un gesto que a otro menos





aturdido que Zaragatín le habría dado mala espina.

La senda por donde Zaragatín comenzó a caminar solo era hermosa y florida; pero resbaladiza, rodeada de abismos. Zaragatín había visto ya muchos jovencuelos, que iban delante de él, que por la prisa de gozar se habían escurrido y rodado a los precipicios.

Llegó a la ciudad, que tenía aspecto monumental y suntuoso; en cada casa se hallaban nuevas diversiones, y de todas partes salían gritos de placer.

Iba Zaragatín riendo y correteando como un loco cuando le salió al paso un anciano de faz serena, que, deteniéndole con amistoso gesto, le dijo:

—¿Sabes por qué corres? ¿Conoces por qué ríes? ¿Adviertes dónde vas?

—Sí; ¡al placer! ¡al placer! —gritó Zaragatín.

—El placer no existe —añadió el viejo—, sino como falaz careta de la desgracia. Busca la alegría junto a la Probidad y la Austeridad, y no en el Placer, tirano cruel y engañoso.

Zaragatín, al oír hablar de la Probidad y la Austeridad como fuentes de alegría, sintió una inquietud súbita al recordar cómo había tratado en el bosque a las dos damas. Pero pronto se rehizo, y sin pensar más que en su placer inmediato, contestó bruscamente:

—¡Dejadme en paz! ¡Yo sé lo que hago!

Y reanudó su carrera. Penetró en un palacio del cual salían rumores de fiesta, y se halló en un baile donde todos los concurrentes estaban vestidos con trajes de animales; cuando advirtieron que Zaragatín iba de frac, pero sin disfraz, comenzaron a burlarse de él.

—¡Un hombre! ¡Un hombre! —gritaban.



Y mientras un oso le daba un abrazo, y un perro le tiraba de los faldones, un mono pequeño le tomó el sombrero de copa y se lo encasquetó, excitando la hilaridad. Zaragatín no se desanimó; arrancó con su mano la trompa de un elefante y se la rodeó a la cabeza formando un turbante, en tanto que el disfra-

zado de elefante sacaba un brazo para imitar la trompa que había perdido; cosa que hizo reír a todos.

Tras el baile vino la cena. Zaragatín hizo llevar exquisitos vinos, y esto acabó de conquistarle el primer puesto. Al amanecer estaban todos embriagados y presentaban un aspecto repugnante.

Zaragatín entró a la noche siguiente en un gran salón, donde vió jugar a muchos hombres. El oro salía de todos los bolsillos, para ganarse y perderse alternativamente. Zaragatín jugó también, hasta perder cuanto poseía.

Loco de rabia y no resignándose a ser de nuevo pobre y a verse arrojado del reino del Placer, quiso robar a un vecino de mesa, aprovechando un descuido. Pero fué visto y tuvo que huir por una ventana al campo.

Perseguido de cerca, pronto fue hecho preso.

En aquel momento un pájaro vino a volar sobre la cabeza de Zaragatín.

—Ya te dije que pronto las pagarías. ¡Chaul! ¡Chaul!

—¡Si te cojo, te machaco! —decía furioso Zaragatín.

—¿Crees que me dejaré coger? —decía el pájaro— ¡Chaul! ¡Chaul!

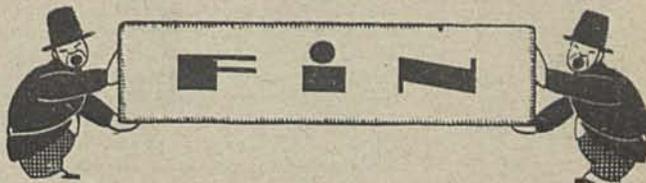
—¡Te machaco!

—¡Chaul! ¡Chaul!

Y con esta cantinela anduvieron todo el camino. En un recodo, Zaragatín vio dos sombras tenues, y fijándose vio que eran la Probidad y la Austeridad que le miraban tristemente.

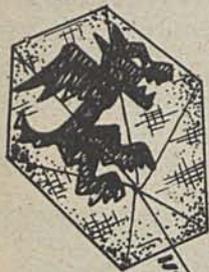
Zaragatín fué metido en la cárcel y cuando salió de ella arrastró una vida miserable, llena de males y ver-güenzas.

Tomad ejemplo.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



reflexionando que si en el Japón hay paisajes como éste que aparece aquí pintado, debe de ser un paraíso terrenal. Fíjate en el paisaje de este plato. Ese riachuelo, ese delicioso puente, esa casita y esa vegetación, son algo maravilloso, que no parece cosa real, sino fantástica.

—No es exagerado, querido Chononcito, calificar de fantástico el país de los japoneses. Esa multitud de islas que forman el imperio japonés es un inmenso parque de encantos. Su vegetación, su clima, su cielo, su fauna, las costumbres de sus habitantes, su tradición, todo en fin, hacen de él un país de ensueño.

—Háblame, háblame del Japón, que me interesa mucho.

—Como nuestra charla no puede ser muy larga, te hablaré algo de los niños japoneses, y de las curiosidades más salientes. Los niños japoneses son como muñequitos de porcelana. Sus caritas redondas, sus ojos rasgados y ligeramente oblicuos, su boquita chiquita como un piñón y la piel muy tersa y brillante les asemejan más a esas figuritas que se venden para adorno, que a seres humanos. Además, visten con un gusto decorativo exquisito.

—¿Aun en estos tiempos?

Desde luego. El Japón es un país muy apegado a sus costumbres y tradiciones. Las niñas, sobre todo, parecen flores vivientes. Llevan un hábito largo, llamado «kimono»; de los más vivos colores y adornados con vistosos ramajes y flores de su país. Unas veces son cerezas; otras, flores de loto, y otras, preciosos ramos de vistaria.

—¿Qué es eso de vistaria?

—Es una delicada y linda flor de color blanco o púrpuro que cuelga de los árboles a manera de fantásticos cortinajes. El «kimono» lo llevan los niños graciosamente sujeto al cuerpo con un chal de finísima tela, a modo de cinturón, que va atado a la espalda con un gran lazo. Las niñas adornan su negra cabellera con grandes y ricos alfileres y peinetas, lo mismo que se engalanan las mujeres. Son, realmente, mujercitas en miniatura.

—¿Y los niños visten igual?

—Exactamente lo mismo hasta los siete años. Al llegar a esta edad se ponen unos pantaloncitos, que asoman por debajo del «kimono», en vez de las faldas coloradas, que usan las niñas; y cuando son bebés, que no pueden aún andar, van colgados a la espalda de la madre por medio de un chal, y allí se pasan la mayor parte de su primera edad, ya durmiendo, ya mirando desde su observatorio cuanto ocurre a su alrededor.

—¿Tienen los mismos juegos que nosotros?

—Algunos, sí; pero muestran gran afición a los juegos con pelotitas pequeñas, al del volante, que es como una pequeña mariposa de tela y corcho que lanzan al aire con palas semejantes a las del «tennis», y sobre todos los juegos, es el predilecto el de la lucha de cometas. Estos son de mayores dimensiones que los que usamos por acá, y llevan pinta-

dos en su superficie figuras alegóricas. Un niño con un cometa en el que aparece pintado un dragón, lucha con otro cometa en el que hay pintado un pajarillo. El juego consiste en chocar estos dos cometas cuando están en lo alto del espacio, y desplegar gran habilidad perseguidor y perseguido: uno para chocar y el otro para no dejarse alcanzar. Los padres japoneses, sin privar de juegos a sus hijos, los adiestran desde muy pequeños en oficios y en el manejo de los pinceles y colores. Por esto es corriente ver en los jardines y parques japoneses a pequeños artistas copiando del natural pájaros y flores.

—Saldrán unos excelentes artistas.

—En trabajos de decoración a mano no hay quien los iguale. Tienen, además, la habilidad de que lo mismo dibujan y trabajan con la mano derecha que con la izquierda.

—Rara habilidad, ¿no te parece?

—Más raro resulta para nosotros verlos en las escuelas aprender su difícil alfabeto con los libros al revés.

—Esta rareza sí que no la entiendo, ni acierto a comprender la utilidad de este capricho.

—No es capricho, Chonón. Has de tener en cuenta que el alfabeto suyo empieza donde acaba el nuestro.

—Bueno; háblame ahora de algunas curiosidades japonesas.

—Una de las curiosidades japonesas es la estructura de sus viviendas y de su «confort» interior. Viven en casas de madera para evitar los estragos de los frecuentes terremotos. Las fachadas desaparecen durante el día y dejan al descubierto las primeras habitaciones. Los suelos se hallan cubiertos de alfombras muy ricas, hechas con una paja del país, que bordan con sedas de brillantes colores. En las casas japonesas no se penetra nunca calzado.

—¿Qué se hace entonces de las botas?

—Se dejan a la puerta de la casa y se anda por ella con unos gruesos calcetines que llaman «tabi». De esta forma aparecen siempre los suelos perfectamente limpios. No usan sillas y se sientan sobre cojines, y para la comida disponen de una pequeña mesa para cada comensal.

—¿Qué raras deben ser las comidas! ¿Verdad?

—Una comida consta de muchos platos, pero de pequeña cantidad cada uno. La mayor dificultad para nosotros sería tener que comer, como ellos, con unos palillos, pues no usan ni el tenedor, ni la cuchara, ni el cuchillo. La costumbre les hace comer el arroz con estos palillos de modo asombroso. Nosotros no podríamos ni casi coger un grano.

—He oído decir que el arroz es su alimento preferido.

—El arroz y el té; pero el té amargo, sin leche ni azúcar. No conocen el pan y apenas prueban la carne. La rareza mayor, en relación con nuestras costumbres, destaca en la forma de dormir. No emplean camas, ni sábanas, ni almohadas.

—¿Pues cómo duermen?

—Acostándose sobre un grueso colchón de algodón y usando por almohada un trozo de madera. Y duermen tan ricamente como nosotros.

—No lo creo.

—Todo es cuestión de costumbre, Chonón.

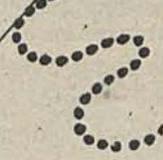
—Está bien; pero no me negarás que se han acostumbrado a la incomodidad.

—Reconocerás que si tal es su costumbre, no encontrarán nada más cómodo que lo suyo.

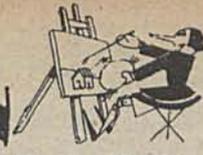
—No me convences. La blandura es siempre cómoda para todos.

—Dejemos la discusión, porque es hora de terminar la charla.

—La dejaremos, y hasta otro día.



COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE MAYO



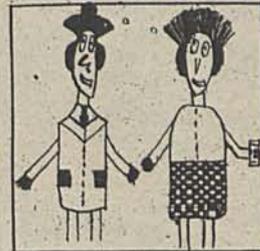
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Murga pinochista.
LUIS RODRIGUEZ.



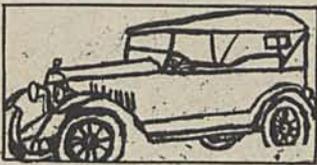
El negrito K-K-Huete.
SOTOMAYOR.



El doctor Casiveo va con su mujer de paseo.
FELIPE BUSTAMANTE.



Mi hermano cuando sea mayor.
M.ª ESPERANZA MARTINEZ



El «auto» de Pinocho.
JOSÉ GUERRA.



De paseo.
ELISA S. GRAGEDA.



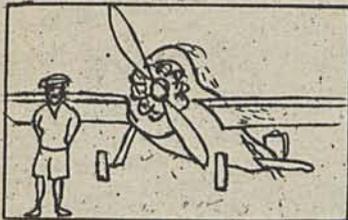
Fernando, en carnaval.
LOLITA GOROSTIZA.



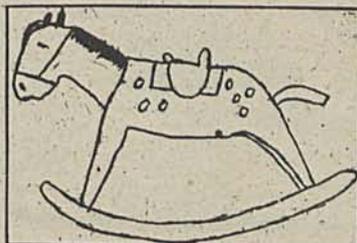
Mi hermana Dora.
M.ª TERESA A. DE SOTOMAYOR.



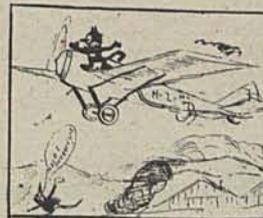
—Oye, Perico; «mía» qué trajes de baño de invierno más bonicos.



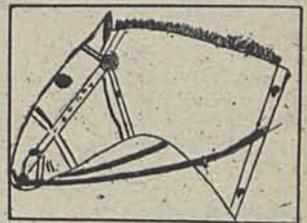
Miss Elder y su aeroplano.
C. MACHIMBARRENA.



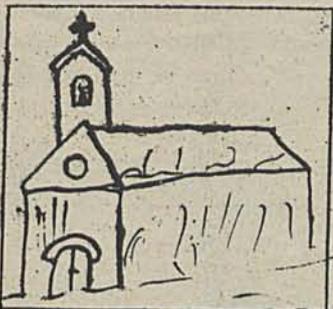
El caballo de Pinocho.
EMILIO MENESES.



Morronguis, aviador.
RAFAEL LLACER.



Mi caballo.
LUIS AYORA.



La iglesia de mi pueblo.
CARMEN ALVAREZ.



Vinimos en la perrera.
EUGENIA BLANCH.



Petro salvaje.
GONZALO DE JOSÉ.



Caza de elefantes.
MANUEL A. DE SOTOMAYOR.



Batalla naval.
JOSÉ LUIS VARA DE REY.



Mi muñeca.
MARÍA LÓPEZ.



Don Turulato.
NIEVES BAUDRÉS.



Mi barco.
JOSÉ LUIS MARINA.



La casa de mi tío Felipe.
J. M. G. L.



Un piel roja.
ESTER MARÍA RAMÓN.



Un pollo bien.
PAQUITO SANZ.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

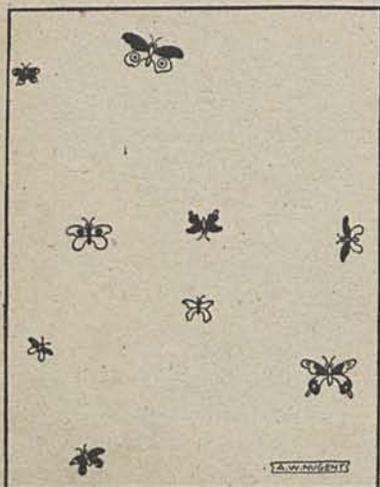
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LA CHARCA



Una tortuga con pamelas y cuatro ranas elegantísimas hay a la vista en este dibujo, y dos ranitas se hallan ocultas. ¿Sabéis por qué se han ocultado? Pues porque están desnudas y son muy pudorosas. ¿Sabréis encontrarlas?

MARIPOSAS



Tenemos nueve mariposas y hay que trazar tres líneas rectas. Cada línea tocará a tres mariposas.

DIBUJO CON ERRORES

Seis errores hay en el presente dibujo. Para ayudaros en su busca he de deciros que uno está en la instalación de la luz, y los otros cinco en el señor.





La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



SECCIÓN PIRULA

PIRULA, MUEBLISTA



Nueva transformación de una mesilla de noche. — Hace algún tiempo os indiqué la manera de convertir una vieja, antiestética e inútil mesilla de noche en un mueblecito que sirviese a la vez

de mesa-tocador, biblioteca y costurero. He sabido con alegría que, según ocurre siempre con esta sección mía — y vuestra —, son varias las Pirulindas que han aprovechado la idea con excelentes resultados.

También hay quien no ha podido transformar su mesilla de noche... porque no tenía mesilla de noche.

(Esto me recuerda el caso de aquella señora que dijo a su doncella: «Si viene visita, diga usted que he salido». «Está bien, señora —contestó la doncella—; pero y si no viene nadie, ¿qué digo?»)

También hay quien no ha podido aprovechar esta idea por tener una mesilla de una forma distinta a la que yo indicaba.

Pues bien; cualquier mesilla de noche es transformable —puesto que ahora ya no se usan para nada aquellos horribles mueblecitos—, aun cuando no pudiera servir, como aquella, para tres fines diferentes a la vez.

Ved adjunto otro modelo de mesilla, aún más feo y anticuado que el que yo reproducía la primera vez.

Primero se le limpia cuidadosamente con papel de lija para quitarle todo el barniz o

pintura que pueda tener; luego se pinta en color claro con pintura esmalte.

Se le pueden añadir patas, en caso necesario, para darle un aspecto más airoso.

La puerta se quita y se sustituye con una cortinita fruncida de tela de alegres colores. A los lados se dibuja y se pinta —no importa que sea con la torpeza natural en un artista novato— un motivo moderno y caprichoso en tonos vivos.

Y ya está la vieja mesilla convertida en un mueblecito propio para guardar libros, juguetes, ropa o calzado.



ANÉCDOTAS DE PIRULA

A Loló le gusta el dulce de naranjas.—Hoy ha hecho mamá mermelada de naranjas, de la cual ha llenado unos cuantos tarros... y un tarrito.

Este tarrito diminuto está reservado para la merienda de los dos «peques» de la casa, los mellizos Loló y Lola.

La hermana mayor —mi deliciosa Pirulinda Anita— ve a Loló sujetando amorosamente el tarrito, muy apretado con sus dos manos regordetas, devorándolo con la mirada antes de saborearlo con el paladar.

Y en son de broma le dice con acento muy serio:

—Oye, Loló; ¿tú me quieres mucho, ¿verdad?

—Si; te quiero mucho —afirma gravemente Loló.

—¿Y tú recuerdas que yo te he encolado muchas veces tus juguetes rotos, y te he bordado varios delantales, y hasta te he confeccionado un pijama?

—Si; me acuerdo —torna a asentir Loló moviendo la cabeza de arriba abajo.

—Bueno —concluye Anita redoblando su gravedad—, pues fíjate que yo no tengo dulce. ¿Quieres regalarme tu parte de mermelada de naranja, la mitad del contenido de ese tarrito?

Loló la mira un instante, indeciso ante la manera da «quedar bien sin dejar de quedar... se con el dulce. Y, por fin, contesta hipócritamente compungido:

—Yo te lo regalaría, Anita; pero no puedo sacar mi parte de tarrito, porque mi parte, ¿sabes?, es la que está debajo, en el fondo.



PIRULA, COCINERA

Receta de mayo: alcachofas fritas.—Se eligen alcachofas algo grandes y se les quitan la cola y las hojas duras; no hay que temer quitar muchas hojas, pues es preferible seguramente quitarlas de la alcachofa cruda que no que cada comensal tenga que quitárselas... de la boca. Cuando solamente quedan las hojas tiernas, se corta cada alcachofa en varios trozos en su sentido de altura.

Se cuecen como sigue: primero se pone a hervir agua en un cazo con un poco de sal; cuando el agua está hirviendo a borbotones, se echan cuidadosamente en ella los trozos de alcachofas y se dejan cocer tres cuartos de hora «sin taparlos». Las alcachofas están cocidas cuando sus hojas se desprenden fácilmente. Entonces se retiran de laumbre y se oscurecen.

Luego se rebozan y se frien en aceite muy caliente. Se sirven colocadas en pirámide sobre una fuente y espolvoreadas con sal fina.

Pero también se pueden espolvorear con algo que no es sal fina. ¿Sabéis con qué? Adivina, adivinanza... ¡Lástima fuera que no acertarais! Pues sí, señoritas Pirulindas; estas alcachofas fritas resultan riquísimas espolvoreadas con azúcar, y hasta si se quiere, con azúcar y canela. Probad y os convenceréis.



CONSEJOS DE PIRULA

Contra la picadura de los mosquitos.—Ya se aproximan los primeros calores con todo su cortejo de ventajas y diversiones: vacaciones, vida al aire libre, viaje, excursiones, baños de mar, etc... Pero, ¡ay!, también con unos cuantos inconvenientes, y de ellos quizá no sea el menos molesto el de los mosquitos.

¡Cómo se ensañan estos malvados insectos con las piernas y los brazos desnudos de mis Pirulindas! ¡Y cómo escuece luego su picadura!

Para curar rápidamente este escozor, lo más sencillo y práctico es darse un poco de amoníaco en la picadura. El alivio es inmediato.

